

EL SUJETO DE LA HISTORIA

Carlos Pereyra

Al plantear la cuestión del sujeto de la historia, es necesario intentar una mayor precisión acerca de lo interrogado, pues la significación del término "sujeto" es cualquier cosa menos comprensible de suyo. Aun sin considerar los diversos significados de esta noción cuando se trata del sujeto lógico o epistemológico, sigue siendo ambiguo y confuso lo que pueda entenderse por "sujeto". Etimológicamente significa "lo puesto debajo" o "lo que se encuentra en la base": de ahí un sentido semejante al del término "sustancia". A este sentido etimológico responde las más de las veces el significado ontológico del vocablo "sujeto", conforme con el cual el sujeto es el ente que está en la base sosteniendo o sustentando una determinada realidad. De acuerdo con el sentido mencionado, pues, el término "sujeto" indica la relación de un ente con una realidad sostenida por él o, lo que es igual, con una realidad en alguna manera dependiente del sujeto sustentante.

El término adquiere un sentido derivado del anterior cuando se define al sujeto por oposición al objeto: significa entonces una entidad autónoma cuya actividad permite el establecimiento de relaciones, a diferencia del simple "objeto" o entidad pasiva de tales relaciones. Se puede extremar

esta significación haciendo del sujeto el polo activo y constituyente enfrentado al objeto concebido como polo pasivo y constituido. Al plantear, pues, la cuestión del sujeto de la historia se estaría interrogando bien por el ente que está en la base sustentando el proceso histórico o bien por el ente constituyente de tal proceso. La primera pregunta remite a una problemática metafísica ya que exige como respuesta el señalamiento de un ente que, estando "más allá" o "debajo" pero, en definitiva, fuera de la historia, sea, sin embargo, la base sustentante de la misma. La segunda pregunta, en cambio, tiene una apariencia de mayor legitimidad, por cuanto interroga por una subjetividad libre, un centro de iniciativas, autor responsable de sus actos, es decir, interroga por el ente de cuya actividad el proceso histórico sería el resultado. Entendida así, la pregunta por el sujeto de la historia sería equivalente a la pregunta acerca de quién hace la historia.

Vamos a referirnos más detenidamente al primero de los dos sentidos mencionados, donde el sujeto aparece como la causa u origen del proceso histórico. Este es el caso, por ejemplo, del planteamiento de Feuerbach, para quien la sociedad sólo es, en cada uno de sus momentos históricos, la manifestación progresiva de la esencia humana. Si el hombre aparece, en esta perspectiva, como el sujeto de la historia, ello se debe a que el proceso se comprende como la serie de manifestaciones y transformaciones de la naturaleza humana. De acuerdo con esta concepción humanista, el hombre es el sujeto de la historia porque el proceso no es sino la expresión fenoménica de su esencia interior. Una ilustración de este enfoque antropológico la ofrece el conocido párrafo de los *Manuscritos de 1844* según el cual, el comunismo "es la verdadera solución del conflicto entre el hombre y la naturaleza y del hombre contra el hombre, la verdadera solución de la pugna entre la existencia y la esencia, entre la

objetivación y la afirmación de sí mismo, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie. Es el secreto revelado de la historia y tiene la conciencia de ser esta solución".¹

En este párrafo es claro el supuesto de que el hombre es el sujeto, es decir, el principio u origen fundamental del cual la historia es la manifestación. Así pues, el proceso aparece como una sucesión caótica de acontecimientos cuya clave sólo se encuentra en las determinaciones esenciales del sujeto. "La tesis inestable sostenida por Marx en los *Manuscritos de 1844* es que la historia es la historia del proceso de enajenación (y desenajenación) de un sujeto".² El código que permite descifrar el "sentido" del conjunto de los fenómenos históricos está dado por la naturaleza de ese sujeto, cuyas notas esenciales constituyen el lugar donde el humanismo cree encontrar la razón de ser del proceso.

No parece necesario entretenerse en la crítica de esta idea del sujeto, la cual supone una esencia preexistente, ahistóricamente concebida. Baste señalar la inanidad de una concepción que ha mostrado su incapacidad para producir los conceptos necesarios a fin de dar cuenta de la complejidad del proceso histórico real. No es en el campo de posibilidades conceptuales abierto por el humanismo donde la ciencia de la historia ha podido elaborar el aparato teórico requerido para el conocimiento y explicación de la historia.

En todo caso rechazar la idea de que el hombre es el sujeto de la historia entendiendo por esto que el hombre es el principio fundamental del cual el proceso histórico constituye la serie de manifestaciones, no significa todavía comprometerse en algún sentido respecto a la tesis de que el hombre es el sujeto de la historia, entendiendo por ello que el

¹ C. Marx, "Manuscritos Económico-filosóficos de 44, en *Escritos Económicos Varios*, pp. 82-83. Trad. W. Roces, Ed. Grijalbo, México, 1962.

² Louis Althusser. "Lenin frente a Hegel", en Anton Pannekoek, *Lenin filósofo*. Cuadernos P y P, No. 42, p. 171, Córdoba, 1973.

hombre es el polo activo y constituyente del proceso. Así pues, examinaremos ahora la proposición según la cual el hombre hace la historia. Hay un primer significado, históricamente considerado, de esta proposición. “El hombre hace la historia” quiere decir: es falso que el proceso histórico sea el resultado de la intervención de alguna entidad metafísica suprahumana. Esta proposición nace, pues, en el interior de una polémica ideológica y su validez, decisiva en ese debate como factor de oposición a los planteamientos providencialistas y teológicos sobre la historia, desaparece en el instante mismo en que es superada tal polémica. Ello ocurre siempre con todas las proposiciones teóricas que, careciendo de fundamentación científica, su validez depende del enfrentamiento ideológico circunstancial.

Sin embargo, es un hecho fácilmente constatable que esa expresión ha seguido siendo utilizada, fuera del campo ideológico que la hizo posible. Así, por ejemplo, en una de las escasas obras historiográficas de Marx, en *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*, se lee: “los hombres hacen su propia historia”. Esta no es una afirmación incidental sino que se reitera una y otra vez a todo lo largo de la producción teórica de Marx, desde la *Crítica de la filosofía del derecho* donde escribe “la historia no es más que la actividad del hombre que persigue sus propios fines”, pasando por *La sagrada familia* donde hay una formulación casi idéntica (“la historia no es sino la actividad del hombre que persigue sus objetivos”), hasta llegar a *El Capital* donde, recordando a Vico, señala: “la historia del hombre se distingue de la historia de la naturaleza en que hemos hecho aquélla, pero no ésta”. Se pueden encontrar con toda facilidad textos semejantes en la obra de Engels y otros marxistas posteriores. Es por ello falsa la apreciación de Althusser en el sentido de que “toda la tradición marxista se ha negado a afirmar que es el hombre quien hace la historia”.

Sin embargo, a pesar de la arbitrariedad contenida en esta apreciación althusseriana, lo cierto es el carácter equívoco de la formulación “el hombre hace la historia”. Tanto el vocablo “hombre” como la expresión “hacer la historia” se mueven en la más completa vaguedad e imprecisión. En efecto, ¿quién es ese hombre? ¿El líder, el genio, el caudillo, en una palabra, el individuo excepcional? ¿O será, más bien, que el referente de la noción “hombre” no debe ser entendido en un sentido individual, sino en un sentido genérico o colectivo, de modo que quienes hacen la historia son los grupos, las clases o el conjunto de la sociedad? Y todavía así, ¿quién decide cuáles instrumentos de producción habrán de ser utilizados para “hacer la historia”? ¿De quién depende que una época se plantee determinados objetivos históricos y no otros? ¿Por qué los hombres hacen la historia en formas tan diferentes según las diversas circunstancias?

La historiografía precientífica contaminada por la ideología individualista propia de la sociedad burguesa le atribuyó un peso específico decisivo a la intervención de los individuos excepcionales en la historia. Cuando Marx critica a Víctor Hugo por no ver en el golpe de Estado que llevó a Luis Bonaparte al poder “más que un acto de fuerza de un solo individuo”, pone de relieve una deficiencia ampliamente extendida en la investigación historiográfica. Tanto en los comentarios apresurados de carácter periodístico como en los trabajos más minuciosos y con pretensiones de rigor, tanto en el examen del proceso histórico actual como en el estudio de los períodos pertenecientes a un pasado más o menos lejano, domina el enfoque individualista. En la aplastante mayoría de los estudios historiográficos, todo ocurre como si la actuación de los individuos ocupantes de posiciones y cargos relevantes decidiera el curso de la historia. Lo anterior es válido no sólo para la historiografía no marxista, sino también para una parte muy extensa, mucho mayor de lo que

pudiera creerse de primera intención, de las investigaciones que pretenden utilizar el aparato teórico producido por Marx para la explicación científica de la historia. Baste recordar la forma más frecuente en el tratamiento del fenómeno conocido como "stalinismo". Ya el sólo empleo de este membrete indica hasta qué grado se ve en la figura individual la razón de ser de las cosas. Aunque pueda considerarse superada, y en cierto modo lo está, la discusión sobre el papel del individuo en la historia en el nivel más abstracto de la teoría, lo cierto es que en una gran parte de la investigación historiográfica subyace la idea de que el individuo es el sujeto de la historia.

Cuando Marx se opone a las seudo explicaciones del golpe bonapartista incapaces de ver en éste "más que un acto de fuerza de un solo individuo", desarrolla en rigor algo mucho más decisivo que una simple interpretación opuesta de un acontecimiento histórico específico. *El dieciocho brumario* no es sólo la explicación de un momento determinado del proceso histórico francés, contrastable con los estudios realizados en ausencia de una teoría de la historia, como los de Víctor Hugo y Proudhon. En esa obra genial aparecen en estado práctico numerosos elementos teóricos de la ciencia de la historia que Marx está en proceso de fundar. Para la cuestión que ahora nos ocupa vale la pena subrayar la idea fundamental que Marx considera necesario destacar en un prefacio escrito dieciocho años más tarde para la segunda edición del texto. Después de referirse a los trabajos de Víctor Hugo y Proudhon reprochándoles su visión del papel de Luis Napoleón, Marx señala: "Yo, por el contrario, demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe". No habría que dejarse engañar por las características específicas de la situación estudiada por Marx, ni perder de vista la tesis fun-

damental debido a los adjetivos utilizados. Para otra coyuntura histórica, donde el personaje central no fuera “mediocre y grotesco” sino genial y admirable, esa tesis fundamental seguiría siendo válida. En consecuencia, la explicación científica de esa coyuntura histórica imaginaria tendría que demostrar cómo la lucha de clases creó las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje genial y admirable representar el papel central.

Se puede hacer más explícita la tesis de Marx; no es el individuo, no importa la relevancia de su actuación, quien crea las circunstancias y condiciones en las cuales se desarrolla la lucha de clases, sino el desarrollo de la lucha de clases lo que crea las circunstancias y condiciones que hacen posible la acción individual. Traduciendo lo anterior al lenguaje que hemos venido utilizando diremos lo siguiente: el individuo no es el sujeto de la historia, los individuos no hacen la historia, no son ellos quienes constituyen el proceso, sino el conjunto de las relaciones sociales, en particular para un amplio periodo histórico, la lucha de clases, lo que constituye el campo de posibilidades de la acción individual.

El rechazo de la concepción humanista que hace de los hombres “concretos”, de los hombres “reales” el sujeto de la historia, no significa todavía haber cancelado el supuesto de que la historia tiene un sujeto. Así, por ejemplo, Althusser repite en casi todos sus textos una idea común a casi toda la literatura marxista: “no son los ‘hombres’ quienes hacen la historia, sino las ‘masas’, es decir las clases aliadas en una misma lucha de clases”. Al parecer, pues, hay un sujeto de la historia: las masas hacen la historia. Otra vez es necesario recordar el hecho de que la validez ideológica de una proposición no le confiere a la misma ninguna eficacia científica. Es innegable la importancia ideológica de la expresión “las masas hacen la historia” para combatir el individualismo de la ideología burguesa. En el interior del debate ideo-

lógico la expresión “las masas hacen la historia” quiere decir: es falso que el proceso histórico sea el resultado de la acción individual. Sin embargo, con independencia de sus virtudes ideológicas, es preciso reconocer que en el plano teórico esa expresión, literalmente considerada, no quiere decir nada. No avanzamos ni un paso en el conocimiento del proceso histórico cuando se nos dice que son las masas quienes hacen la historia.

Sólo desde la posición teórica del populismo es posible sostener el principio de que las masas hacen la historia, pero ninguna construcción científica es posible a partir de ese principio ideológico. Ello no se debe, como cree Althusser, al hecho de que al lado del “sujeto”/hombre, que se puede señalar con un dedo, el “sujeto”/masas plantea desagradables problemas de identidad, de identificación. “Un sujeto —escribe Althusser— es también un ser del que podemos decir: ‘es él’. Pero, ¿cómo hacemos para decir del ‘sujeto’/masas ‘es él’.” Se puede emplear este argumento sólo si se acepta el arbitrario desplazamiento de una a otra significación del término “sujeto”. El problema de si las masas son o no el sujeto de la historia no tiene nada que ver con el hecho de que la individualización sea o no factible. Si las masas fueran el factor constituyente del proceso histórico, ellas serían el sujeto de la historia, sin importar que fuera o no posible señalar: “helas aquí”. Es el propio Althusser, sin embargo, quien indica la razón más sólida por la cual no se puede aceptar que las masas desempeñan el papel de sujeto histórico: “la potencia revolucionaria de las masas sólo es potencia en función de la lucha de clases”.

Si una noción tan difusa como la de “masas” significa la articulación de varias clases, capas y categorías sociales reunidas en un conjunto complejo y móvil, es preciso reconocer que por períodos prolongados tales masas se abstienen de intervenir activamente en la historia. Ello no ocurre porque

en esos períodos prolongados hayan perdido quién sabe qué impulso inherente a las masas en cuanto tales, del mismo modo que su irrupción en la historia tampoco depende de la repentina recuperación de un elan consustancial a su carácter de masas. No se trata de que en ocasiones sean el sujeto de la historia aunque la mayor parte del tiempo sean el objeto de la misma. Más adelante volveremos sobre esta falsa dicotomía sujeto/objeto. El problema hay que plantearlo en términos enteramente diferentes: las distintas clases, capas y categorías a cuya articulación se da el confuso nombre de "masas" constituyen una serie de fuerzas sociales que, como tales, no "hacen" la historia. Su intervención en el proceso se da cuando acceden al estatuto de fuerza política organizada. Es precisamente este desplazamiento que convierte a una simple fuerza social en una efectiva fuerza política el que depende del conjunto de las relaciones sociales, es decir, del conjunto de las relaciones económicas, políticas e ideológicas mantenidas por las diversas fuerzas sociales.

La forma en la cual intervienen las masas, el momento de su intervención, los objetivos que se plantean, su grado de organización política, el nivel de su conciencia y de su capacidad de comprensión de la coyuntura histórica, la homogeneidad alcanzada en el interior de la articulación de las diferentes fuerzas sociales, la precisión de su deslinde respecto de las fuerzas antagónicas, en fin, todos los aspectos imaginables en los cuales se puede descomponer esa intervención están determinados por el conjunto de las relaciones sociales en las que ella se da. Todas las características específicas de la esfera económica de una sociedad: el ritmo del crecimiento económico, el mayor o menor desarrollo de una u otra rama de la producción, los ciclos de auge y recepción, el nivel del desempleo, la velocidad del proceso inflacionario, etc., son otras tantas condiciones determinantes del comportamiento social de las "masas". De igual manera, el

carácter de la ideología dominante, la intensidad de su penetración en las clases dominadas, el grado de credibilidad que mantiene, la cohesión de la contraideología producida por tales clases dominadas, etc., son otros tantos factores determinantes de ese comportamiento social. Finalmente, las tradiciones políticas, las reglas de juego que rigen la actividad política, las instituciones en que todo ello cristaliza, etc., deciden también las modalidades específicas adquiridas en cada caso por el comportamiento de las masas. Una fórmula abreviada presenta lo anterior de manera más clara: las masas intervienen en la historia en función del ritmo y de los objetivos que les impone la lucha de clases. Esto significa que las modalidades del proceso histórico, condensadas durante un prolongado periodo en la lucha de clases, determinan la acción de las masas.

Podemos ahora, con más facilidad, rechazar otra respuesta frecuente a la pregunta por el sujeto de la historia. No es cierto que sean las clases sociales quienes "hacen" la historia. En la literatura marxista se utiliza el término "clase" con una doble significación: en un sentido, el concepto "clase" remite a un grupo social configurado por su lugar en el sistema de producción, por su posición en el interior de las relaciones de producción. En otro sentido, tal concepto refiere a un grupo social constituido también por la conciencia de su situación en el conjunto social y por su práctica política. Hay, pues, un concepto estrecho de "clase" definido en términos puramente económicos y una noción más rigurosa que no hace abstracción de la presencia de factores ideológicos y políticos en el proceso de conformación de una clase social. No sólo el lugar ocupado en el proceso productivo sino también la conciencia de clase y la organización política constituyen factores imprescindibles en el proceso de constitución de una clase social. Insistimos en el empleo de la expresión "proceso de constitución de una clase" para subrayar el he-

cho de que no es suficiente el establecimiento de un cierto tipo de relaciones de producción para que se formen de manera inmediata y automática las clases correspondientes. Ello es así porque las clases sociales son un efecto del modo de producción, el cual resulta siempre de la combinación específica de un conjunto de relaciones sociales en el que es posible distinguir en todo caso por lo menos tres niveles distintos: relaciones económicas, relaciones ideológicas y relaciones políticas.

Un error muy difundido consiste en creer que una clase social existe con independencia de su práctica de clase y al margen de su enfrentamiento con las demás. Por el contrario, “una clase no existe históricamente más que en la medida en que existe una práctica de clase que corresponde a sus intereses objetivos”. Podemos rescatar la distinción realizada por Marx, en términos hegelianos, entre “clase en sí” y “clase para sí”. Estas dos nociones no indicarían ya la existencia previa de una clase social que más tarde adquiriría conciencia de su particularidad, sino que se trataría de una pareja conceptual destinada a pensar la diferencia entre un grupo social definido sólo por su lugar en el proceso productivo y una clase con presencia autónoma en el devenir histórico de la sociedad. Esa diferencia está dada por la lucha de clases, toda vez que ésta no es el efecto derivado de la existencia anterior de las clases, sino aquello en virtud de lo cual las clases se constituyen como tales. En consecuencia, las clases sociales no son el sujeto de la lucha de clases: ésta no ocurre porque alguna clase así lo decida, ni su intensidad depende de la voluntad de nadie. Ni siquiera las alianzas de clase son consecuencia de una decisión libre o de la feliz iniciativa de alguien. “Si no se puede hablar de clases sociales más que en el seno de la lucha de clases, esta lucha es el motor de la historia y no tal o cual clase en particular”.

Una clase social sólo lo es por su inscripción específica en el sistema, por las relaciones que mantiene con los medios

de producción y con las demás clases. No nos referimos sólo a una posición en el sistema de las relaciones de producción, sino también a una posición en el sistema de las relaciones ideológicas y en el sistema de las relaciones políticas. "Si no hay clases sociales más que en y por sus relaciones, es por ellas y en ellas que las clases se constituyen, se desarrollan y desaparecen": no es una u otra clase social la que 'hace' la historia sino, por el contrario, el proceso histórico el que instaura o elimina a las clases. Así como las clases están determinadas por la forma del proceso de producción y no al revés, de igual manera están determinadas por la forma del proceso histórico y no al revés. "La única manera de concebir las clases sociales como sujetos de la historia es desvincularlas del sistema social en el que son clases y en el que ocupan posiciones precisas".

Si no son los individuos relevantes, las masas o las clases el sujeto de la historia, es todavía menor la validez teórica del enunciado según el cual son los hombres quienes hacen la historia. No se trata siquiera del hecho obvio de que el concepto "hombre" sea inútil para dar cuenta de las vicisitudes de la historia. Bien podría ocurrir que los hombres hicieran la historia a pesar de que el concepto de "hombre" sea inútil para elaborar la explicación discursiva del proceso real. Sin embargo, además de los escasos servicios teóricos proporcionados por el concepto de "hombre", los cuales inhabilitan a una concepción humanista para dar cuenta del proceso histórico, ocurre que el vago enunciado según el cual son los hombres quienes hacen la historia desconoce las condiciones de posibilidad de este "hacer". En efecto, es obvio, los hombres son los actores de la historia: no existe un solo acontecimiento histórico del cual no se pueda decir que es el resultado, de una u otra manera, de la acción humana. El problema, sin embargo, radica en que no basta con constatar esa obviedad porque en ningún caso las relaciones sociales pueden ser reducidas a relaciones interhumanas.

Los hombres actúan no como tales, no como entidades antropológicas, sino como ocupantes de una cierta posición en el sistema de relaciones sociales. De lo que se trata, pues, es de extraer todas las consecuencias implícitas en la tesis de Marx: el hombre es el conjunto de las relaciones sociales. Si se asume con todo rigor este enunciado, no puede extrañar la afirmación de que el proceso deviene en virtud precisamente de la oposición, complementariedad, contradicción o reforzamiento de ese conjunto de relaciones sociales. El tipo de alternativas presentes en cada situación concreta, en cada coyuntura histórica, es algo que no deciden los hombres sino ese conjunto de relaciones sociales, es decir, el sistema mismo. De ahí que el problema fundamental de la historiografía no sea precisar los móviles que impulsan la acción humana o los fines que persiguen los hombres, sino que el primer problema de una historiografía científica es determinar la articulación del conjunto complejo de relaciones sociales.

Lo anterior tal vez nos permita enfrentar de manera más adecuada el problema de lectura ofrecido por un conocido párrafo de *El Dieciocho Brumario*: "Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado". El texto no sólo indica el hecho obvio de que la situación dada, aquella a partir de la cual "los hombres hacen su propia historia", está constituida por un complejo de circunstancias no elegidas por ellos mismos; el texto indica también que los hombres no hacen la historia "a su libre arbitrio". Esta expresión debiera ser desarrollada. Se pueden apuntar dos sentidos complementarios: significa que los instrumentos de producción con los cuales "los hombres hacen su propia historia" tampoco son libremente elegidos. En efecto, tales instrumentos no se inventan arbitrariamente: son los que el propio pro-

ceso anterior ha legado. Significa, además, que el producto de la transformación histórica tampoco es libremente elegido: no es simple retórica la afirmación de que la humanidad sólo se plantea en cada época los problemas que puede resolver y los objetivos que puede alcanzar.

Se emplea usualmente la noción de "proceso" en referencia a la historia. Una cabal comprensión de lo que significa la expresión "proceso histórico" permitirá avanzar en el problema planteado. En su sentido teórico más riguroso, el vocablo "proceso" no indica una mera sucesión cronológica ni el simple hecho de que unos acontecimientos estén temporalmente conectados con otros: indica la vinculación necesaria que los une. Como lo señala Marx en *El Capital*, "la palabra 'proceso' expresa un desarrollo considerado en el conjunto de sus condiciones reales". No se trata, pues, de una palabra que meramente señale la forma de la sucesión, sino de un concepto destinado a pensar el hecho de que la sucesión no es un ordenamiento cualquiera e indeterminado, sino una continuidad necesaria. Afirmar, pues, que la historia es un proceso equivale a afirmar la continuidad originaria en ella, es decir, que absolutamente cualquier situación o momento histórico resulta de las situaciones o momentos anteriores. Esto significa que del juego complejo de circunstancias que constituyen la configuración de un momento cualquiera, surgen las alternativas y tendencias cuya realización conducirá al momento siguiente. Significa, pues, más específicamente, que las relaciones y contradicciones cuya configuración constituye una situación dada, no son cualesquiera relaciones y contradicciones indeterminadas, sino precisamente aquéllas que resultaron de la situación anterior. Podemos afirmar esto mismo en terminología hegeliana, señalando que la negación de algo nunca es una negación indeterminada sino una negación determinada precisamente por aquello que se niega.

La concepción científica de la historia como proceso, en el sentido riguroso señalado, supone el rechazo de tres orientaciones teóricas anticientíficas: a) se opone al postulado metafísico implicado en la visión teleológica ya que, en efecto, la historia no se desarrolla como una evolución cuyo orden y racionalidad dependan de una supuesta meta final hacia la cual estaría encaminada; b) se enfrenta a un planteamiento voluntarista derivado del enfoque humanista del sujeto porque la historia tampoco es un desarrollo cuyo despliegue en tal o cual sentido se deba a la voluntad libre de quienes "hacen" la historia o que resulte de la intencionalidad de nadie; c) elimina la aceptación ideológica de la irremediable ininteligibilidad de la historia inherente a la idea de que ésta es una sucesión caótica de hechos arbitrarios o casuales debidos a la intervención del azar.

Engels ubica el valor del *Dieciocho Brumario*, en el prólogo a la tercera edición alemana de esta obra, en el hecho de que Marx logra explicar "en su concatenación interna toda la marcha de la historia de Francia desde las jornadas de febrero", exhibiendo el golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 como "un resultado natural y necesario de esta concatenación". No entraremos aquí a examinar los motivos por los cuales Engels emplea, como Marx también lo hacía con frecuencia, el término "natural". Bástenos retener la idea de que la genial explicación de Marx lo es porque demuestra la necesidad del acontecimiento. Como es obvio no hay ninguna razón por la cual esta necesidad haya de considerarse exclusiva del golpe bonapartista. Por el contrario, a menos que se parta del supuesto de que la historia es un devenir azañoso, supuesto que obliga a renunciar a una ciencia de la historia, es preciso reconocer el carácter necesario de cualquier acontecimiento histórico.

El criterio para determinar la validez científica, esto es, el poder explicativo de una investigación historiográfica,

radica en su capacidad de mostrar la necesidad del hecho estudiado. En efecto, si una pretendida explicación indica cuáles son las circunstancias en las que se da un acontecimiento cualquiera sin mostrar que dadas esas circunstancias tal acontecimiento tenía que ocurrir o, al menos, su ocurrencia era altamente probable, no estamos ante una efectiva explicación. Si del señalamiento de un conjunto de circunstancias no se desprende la necesidad del acontecimiento a explicar, cabe oponerle a ese señalamiento otro u otros diferentes, donde se invoquen distintos conjuntos de circunstancias. De esta manera la investigación historiográfica se mueve en el nivel ideológico de la interpretación.

Si el proceso es necesario en virtud de que el propio encadenamiento complejo determina el devenir de ese proceso, no cabe plantear la presencia de una subjetividad libre capaz de decidir por su propia voluntad el curso a seguir. Quienes participan en el proceso, desprovistos de la información requerida para conocer con precisión su dinámica, pueden considerar que existen una variedad de opciones y alternativas, cuya realización dependerá del propio y libre comportamiento. Si la ponderación limitada del conjunto complejo de determinaciones produce la ilusión de la pluralidad de opciones, el conocimiento exhaustivo de tales determinaciones cancela esa ilusión. No existe una sola situación histórica en la que habiendo podido desarrollarse el proceso en uno u otro sentido, la direccionalidad realizada haya dependido de la azarosa intervención de una subjetividad libre. Entre otras cosas porque la actividad de los agentes históricos no es nunca una actividad libre e indeterminada.

Al rechazar la existencia del sujeto de la historia no se trata, por supuesto, de negar el dato obvio: es evidente que los individuos son agentes activos en la historia, es evidente que no hay una sola forma de la práctica social cuya realización no exija la actividad de los individuos, es evidente que

la consecución de ciertos objetivos requiere de la abnegación, de la combatividad, de la entrega, del análisis lúcido, de la organización consciente, etc., de los agentes históricos. La afirmación “la historia es un proceso sin sujeto” no desconoce estos datos elementales ofrecidos por la experiencia histórica. La dinámica de la historia se realiza a través de la actividad de los hombres, pero ¿de qué actividad se trata? ¿De una actividad libre derivada sólo de la voluntad? En rigor, se trata de la única forma de actividad posible para entes que no existen al margen del conjunto complejo de relaciones sociales o, mejor dicho, entes cuyo estatuto ontológico está constituido por ese conjunto complejo; cuya actividad, en consecuencia, no es una actividad cualquiera sino la actividad permitida por el juego contradictorio de las relaciones sociales globalmente consideradas.

De la misma manera que en el campo de la epistemología los mejores desarrollos teóricos han prescindido de la dicotomía sujeto/objeto, también la ciencia de la historia se libera de una problemática mal planteada cuando reconoce que la oposición sujeto/objeto es una mala abstracción en el seno de un proceso. Se puede parafrasear a Hegel y señalar que quienes postulan la escisión entre el sujeto humano y la realidad objetiva presuponen mucho que habría que empezar por examinar si es verdad. Dan por supuesto, en efecto, que la realidad se halla de un lado y el hombre de otro, como algo que, separado de la realidad, fuera, sin embargo, algo real. Es preciso para evitar esta endeble hipótesis inicial, tomar como punto de partida la unidad originaria indivisa entre sujeto y objeto. La aseveración “la historia es un proceso sin sujeto” indica, pues, el hecho de que no existen sujetos humanos que puedan ser considerados al margen de la realidad objetiva.

Cuando se acepta la oposición sujeto/objeto todo ocurre como si las relaciones sociales fueran relaciones entre cosas,

frente a las cuales estarían los hombres en disposición de actuar como les viene en gana según su audacia, su voluntad, su inteligencia, su conciencia o su organización. Debiera ser obvio que este planteamiento no permite la comprensión del proceso histórico y que, en definitiva, las relaciones sociales combinan hombres, instituciones, objetos, fenómenos, etc., en una sola, única y misma realidad. Los lugares ocupados por los agentes históricos, sean estos individuos, grupos, clases, organizaciones, etc., las posiciones mantenidas en el interior de la combinación compleja, determinan la actuación de tales agentes y la marcha del proceso. Por ello se puede afirmar que el sujeto del proceso histórico es el propio proceso o, lo que es igual: la historia es un proceso sin sujeto. Lo que constituye a la sociedad y determina el curso histórico es el sistema de sus relaciones sociales: fuera de este sistema los hombres son nada, en el interior del sistema su "hacer" depende de la posición ocupada en él. Por ello la historia es un proceso sin sujeto.

De lo anterior se desprende el carácter abstracto y, por ende falso, de la dicotomía "condiciones objetivas"/"condiciones subjetivas". Siempre que se utiliza esta pareja terminológica ella sirve para distinguir de un lado condiciones económicas y sociales, es decir, grado de explotación, miseria, desempleo, desnutrición, analfabetismo, etc., y por otro lado, condiciones ideológicas y políticas, o sea, grado de conciencia, organización, elaboración de una línea política, etc. Debiera ser obvio que ambos lados constituyen formas diferentes de las condiciones objetivas, porque no es cierto que las primeras dependan de la dinámica de la cosa misma y las segundas de una aleatoriedad intervención humana. Tanto unas como otras dependen del modo de desarrollo de las relaciones sociales. Tanto unas como otras dependen durante un amplio período histórico de las modalidades adquiridas por la lucha de clases.

La falsa dicotomía entre “condiciones objetivas” y “condiciones subjetivas” deriva de una noción premarxista de la objetividad. Marx reprocha a la tradición materialista concebir la objetividad, la realidad, como lo dado a la contemplación, como lo pleno de sentido en sí mismo, es decir, como lo ya constituido o lo constituido de por sí. En breve: Marx reprocha a la tradición materialista no concebir la objetividad de modo subjetivo. En contraposición, Marx reprocha a la tradición idealista concebir la objetividad o la realidad como mera proyección de la actividad subjetiva, considerada ésta, además, de un modo abstracto. En otras palabras, aunque la tradición idealista reconoce la determinación subjetiva de la objetividad, el reconocimiento de esta determinación es abstracto pero, además, y esto es decisivo, al no problematizar la subsistencia propia de la realidad, al no reconocer el hecho de que ésta no se reduce a la determinación teórico-discursiva, incurre en el desconocimiento de esa realidad.

La noción premarxista —tal vez habría que decir prehegeliana— de objetividad, precisamente la que Marx pone en cuestión en las Tesis sobre Feuerbach, se caracteriza en cualquiera de sus dos modalidades por la escisión entre subjetividad y objetividad: bien un sujeto constituyente de la objetividad que lo es sólo por esa actividad subjetiva o bien la objetividad como lo ya constituido de suyo y el sujeto como simplemente pasivo.

Una cierta polémica actual tendiente a oponer estructura y praxis recupera la problemática derivada de esa noción premarxista de objetividad. Discutir si el “polo subjetivo” es el único capaz de des y reestructurar la situación “objetiva” o si, por el contrario, esta situación “objetiva” se desenvuelve en virtud de su propia mecánica al margen de la actividad del “polo subjetivo” es prolongar una polémica viciada de antemano por una supuesta oposición sujeto/objeto que debiera primero ser fundada. Al partir,

por el contrario, del reconocimiento de la unidad originaria indivisa entre sujeto/objeto y afirmar, en consecuencia, que la historia es un proceso sin sujeto, se rechaza toda postulación de un sujeto como fuente autónoma y original de significaciones, pero no porque se desconozca el dato elemental y obvio de que los agentes históricos son, como lo indica el propio término, entes activos y actuantes.

“Proceso sin sujeto” quiere decir que el proceso es la única fuente de significaciones o, más claramente, condición absoluta de posibilidad de las significaciones; indica, además, que es el propio proceso, es decir, el conjunto dinámico de relaciones sociales el que determina la eficacia posible de esas significaciones. Que el sujeto sea el propio proceso indica que es éste mismo quien desplaza y condensa la negatividad en uno u otro lugar del sistema social; es el propio proceso el que determina que la negatividad de una época se condense en una u otra clase social, en tal o cual forma de organización política e, incluso, en un caudillo, como es también el propio proceso el que determina los desplazamientos de esa negatividad.

No tiene sentido alguno la objeción según la cual el reconocimiento de que la historia es un proceso sin sujeto, debilita o atenta contra el problema de la acción y de la organización política. No se trata de desconocer otro dato elemental y obvio: el papel de los partidos, al menos en la sociedad moderna, como agentes de transformación revolucionaria. De lo que se trata, en cambio, es de poder pensar y explicar por qué los partidos poseen uno u otro programa, una u otra línea política, explicar por qué ejercen tal o cual influencia y en qué sectores la ejercen. De lo que se trata, pues, es de reconocer que no es el papel jugado por los partidos lo que determina el estado de la lucha de clases, sino el estado de la lucha de clases lo que determina el papel jugado por los partidos.

Por la manera cómo se utilizan términos como “revisionismo”, “reformismo”, “sectarismo”, etc., todo parece indicar que las posiciones aludidas con tales calificativos obedecen a la mala fe o a la torpeza de quienes son así descritos. Reconocer que la historia es un proceso sin sujeto obliga a examinar —y a nadie escapa la importancia política de esto— la base objetiva y material de tales posiciones. Lo mismo ocurre con los malamente llamados “errores”. Debiera ser evidente que el vocablo “error” pertenece a un tipo específico de discurso. Es en el plano de la teoría donde se puede hablar de “error”, pero ¿qué sentido tiene afirmar que en una coyuntura cualquiera una fuerza social o una fuerza política cometan “errores”? ¿Cómo una fuerza social, una fuerza política puede cometer “errores”? Si con ese término inadecuado se quiere señalar el hecho de que una línea política no resulta justa para la coyuntura de la que se trata, debiera ser obvio que ello no depende de los “errores” cometidos por los dirigentes.

Si efectivamente fuera cierto que “la crisis de la humanidad se reduce fundamentalmente a la crisis de la dirección revolucionaria”, como se ha llegado a plantear en un exceso de retórica anticientífica, entonces la ciencia marxista de la historia es un sin sentido. Al examinar el comportamiento de las fuerzas políticas desde esa perspectiva, se olvida el postulado elemental de que, en efecto, es el ser social lo que determina la conciencia social o, lo que es igual, se desconoce el hecho de que la historia es un proceso sin sujeto.

